

del convento de Capuchinos nos detuvimos como encantados á contemplar el efecto que hacía, al interponerse entre ella y nosotros, la linterna del campanario de la basílica de Nuestra Señora de Begoña, que estábamos muy léjos de pensar que hubiese de ser demolida á cañonazos por los mantenedores de una bandera en que el nombre de Dios apareciese escrito en primer término. ¡Era maravilloso el efecto que la luna hacía, vista á través de la linterna del campanario que parecía un gigantesco y luminoso faro!

Al llegar á la orilla de la ria, Leandro saltó á una chanela para pasar al otro lado, no sin encargarle nosotros que anduviera con cuidado en el Helesponto para no dar que sentir á Hero, y nosotros tomamos ribera arriba para regresar á Bilbao.

—Ya conoces á doña Mari-Rosa y su marido, me dijo Francisco. Dime, aunque sea con un símil de esos á que tan aficionados sois los poetas, lo que te han parecido aquellas gentes.

—Te lo diré: Mari-Rosa, comparada con Mari-Santa, es una rosa de Bengala, que es hermosa y carece de aroma, comparada con una violeta, cuya hermosura no pasa de lo agradable y cuyo aroma es tan delicado como intenso; y en cuanto á D. Pedro, comparado con D. Juan, es el cardo que no tiene suavidad ni olor comparado con el poleo que tiene ambas cosas.

—¿Y de Rosita qué me dices?

—Que es digna de coronar el ramillete de Gorostiza.

## XXVI.

## VÍSPERAS DE NOCHEBUENA.

Se piensan y se dicen horrores del invierno pasado en el litoral cantábrico; pero se piensan y se dicen por los que sólo le han visto desde léjos y por muchos que reniegan de todo lo que ven desde cerca. Yo no sé lo que será el invierno en las provincias meridionales de España, aunque supongo, porque lo oigo afirmar y es verosímil, que es allí todo lo delicioso que puede ser el invierno en que, por regla general, el suelo carece de césped y flores, y los árboles de hojas y fruta; pero sé lo que es en las provincias del interior, y comparado con el del litoral cantábrico, doy decidídisimamente la preferencia á este último. Preseindamos del invierno en las aldeas y las villas poco populosas, unas y otras situadas en templados valles casi al nivel del mar, estrechos, abundantes de vegetación y resguardados de los vientos, y fijemos la atención en Bilbao, que ocupa una situación media entre lo marítimo y lo mediterráneo.

¡Las lluvias! ¡la humedad! ¡el cielo nebuloso! es la cantinela perpétua de los que no han pasado el invierno allí, y por supuesto no dudan que á todos aquellos horrores acompañan las nieves hasta no poder salir de casa en meses enteros, las nieblas hasta darse las gentes de narices unas con otras á medio día en la calle, y el frío hasta helar la sangre aún entre colchones.

Es verdad que las lluvias, y la humedad, y los días nublados son allí más frecuentes que en el interior de España; pero también lo es que el suelo está perennemente verde, que apenas se siente el frío en invierno ni el calor en verano sino alguno que otro día en cada una de estas estaciones por breves horas y con intensidad que no llega ni con mucho á la del frío y el calor que hielan y achicharran en el interior de España durante muchos meses; que la lluvia y la humedad son tan sanas, que no se conocen en aquellas comarcas las calenturas que tantos estragos hacen en el interior; que la nieve rara vez cuaja en los valles; que las nieblas casi nunca descienden de las cimas de las montañas, y que merced á la templanza del clima y á las frecuentes lluvias, cuya falta es la mayor calamidad del resto de España, en aquellos amenos valles todo cultivo agrario recompensa el trabajo que en él se emplea.

La plaza de Bilbao está en todo tiempo abundantemente surtida de cuanto puede servir al regalo del vecindario, como verduras, frutas, caza, aves domésticas, carnes y pescados excelentes. Casi en el rigor del invierno se ven en ella frutas y verduras que en el interior de España sólo se producen en los confines de la primavera y el verano, como la fresa y los espárragos, que son allí muy superiores á los injustamente afamados de Aranjuez, palillos de tamborilero, cuya verdusca punta es lo único comible. Yo he visto, en un invierno excepcionalmente templado, eso sí, venderse en ella á fin de Enero cerezas perfectamente sazonadas, cogidas del árbol el día anterior en Albóniga; y en Bériz, que es en

la merindad de Durango, más tierra adentro y á mucha mayor altura, he comido en la parra, el día de Santiago, uva moscatel muy rica.

Agréguese á todo esto el ser Bilbao pueblo animadísimo por su mucho comercio y concurrencia de forasteros; limpisimo y ordenado por su excelente policía y administracion municipal; de vecindario rico, hospitalario, generoso y culto; cuya clase popular nunca pierde el buen humor ni la afición al trabajo, ni falta nunca al respeto debido al superior en autoridad ó saber; en cuyo teatro casi siempre actúan buenas compañías líricas ó dramáticas, y cuyas sociedades recreativas (particularmente *La Bilbaína*, que tiene una rica biblioteca y los principales periódicos políticos y literarios del mundo) nada tienen que envidiar á las de las capitales más adelantadas y populosas. Así se acabará de comprender que el invierno se puede pasar muy agradablemente en aquel rinconcillo del mundo, que no valdrá poco ni en invierno ni en verano cuando en el mundo hace tanto ruido, á pesar de su modestia, pues no deja de tenerla, aunque pudieran envanecerle los dos mil buques que llevan su bandera por todos los mares conocidos, el título de muy noble que adquirió en los siglos pasados, y el de invicto que ha alcanzado en el presente, y sus magníficos arranques de patriotismo y de caridad, de que pueden servir de ejemplo los cien millones de reales que preparó en un solo día cuando se trató de abrir un ferro-carril con dirección al Ebro, y los catorce mil duros con que amparó en pocas horas á las familias de las víctimas causadas por un incendio en 1867.

El invierno había llegado de derecho y de hecho; de derecho, porque Nochebuena estaba tan cerca, que se la veía por todas partes, y de hecho, porque la noche anterior le habían anunciado las aves marinas, con sus agudos y lúgubres chillidos, revoloteando sin cesar sobre la villa como enamoradas de la luz y el calor del gas que ardía con profusión en sus calles y paseos.

Caras un tanto nuevas y alegres se veían por todas partes: eran las del marino, del estudiante, del bracero, que habían abandonado los lejanos mares, las lejanas universidades y las lejanas fábricas y obras públicas, para ir á hacer *gabon*, es decir, Nochebuena, en el dulce rincón de la patria y el hogar doméstico.

Allá abajo, hácia el Noroeste, se oía un sordo y continuo rumor que hacía estremecer de espanto y sonreír de gozo á las gentes, y sobre todo á los marinos: era el de la *fiera* (como diría Chómin) que bramaba como el león calenturiento y hacía pensar y decir á la gente de tierra y mar: «Brama, brama cuanto quieras, y arroja rabiosa espuma, y date testaradas contra las rocas, y retuércete como un condenado, y yérguete como una serpiente, y arrójate desesperada al abismo, que nosotros, gracias á Dios, estamos libres de tu furia, y mientras tú te desesperas, saborearemos la merluza y el besugo de Bermeo, el chacolí de Baracaldo, las castañas de Oquendo, las manzanas de Galdames, las nueces de Alonsótegui y Sodupe, y despues cantarémos y bailarémos, el marido con la mujer, el vecino con la vecina, el novio con la novia, los niños con las niñas y hasta el abuelo con la abuela, y despues irémos á Santiago á oír la misa

del gallo y los villancicos en vascuence que entona la hermosa capilla, y despues, bien abrigados por fuera y por dentro y con el alma tan alegre y serena cuanto el cielo esté oscuro y triste y la mar alborotada y rabiosa, dormiremos como bienaventurados, esperando el capon de Pascua, el manjar-blanco de *gabon-zar* (noche-vieja) y *gabon-bárri* (noche-nueva), y el aguinaldo de Reyes.»

Los bienes de fortuna que en más estima tienen las familias ricas de Bilbao y del resto del litoral cantábrico son las *caserías* dispersas en el fondo de aquellos apacibles valles y las faldas de aquellas pintorescas montañas. Y no es tanto esta estima por su valor material, como por el valor de otro género más noble que tienen á sus ojos.

Aquellas fincas, compuesta cada una de una casa, más ó ménos rústica, y á su alrededor unas cuantas fanegas de tierra labrantía, algunos árboles frutales agrupados en torno de la casa y esparcidos por las lindes de las heredades, y un centenar de robles y castaños dominados por las heredades de abajo ó dominando á las de arriba; aquellas fincas, repito, proceden de la herencia paterna, están llenas de recuerdos de la familia, y hasta guardan los de la infancia de sus propietarios.

Muchas veces he caminado con alguno de éstos por aquellos valles y montañas, y viéndole sonreír de alegría al descubrir una casa medio escondida entre los árboles, allá en un rellanito ó una cañada de la ladera, ó en las estribaciones del monte, le he preguntado el motivo de su alegría y me ha contestado:

Que aquella es la casa nativa de alguno de sus abuelos ó quizá de su padre ó su madre.

Ó :

Que la inquilina fué el *aña* que le crió.

Ó :

Que allí solía ir de niño en compañía de su padre, cuando éste iba de caza.

Ó :

Que de niño pasaba allí muchas temporadas jugando y haciendo diabluras con los chicos de los inquilinos, y creciendo y engordando tanto con la leche y el *talo* (torta de maíz), que su madre no le conocía al volver á casa.

Ó :

En fin, contándome alguna dulce y melancólica historia por el estilo de la que velan, mas bien que narran, estos versos :

Caminando, caminando  
riberica del Butron  
á ver la mar, que me gusta  
porque es grande como Dios,  
mis compañeros me dicen  
con maliciosa intencion,  
viendo una casa escondida  
entre manzanos en flor :  
— «¿No sabes quién allí vive?»  
Y dando un suspiro yo,  
digo : — «¡Ya no vive allí,  
que vive en mi corazon!» (1).

(1) *El libro de las montañas*, del autor del presente.

## XXVII.

## CUARTEL DE INVIERNO.

*Nagusiac* (los amos de la casería) son, salvas rarísimas excepciones, mal vistas y censuradas de pobres y ricos, para el inquilino rural vascongado los protectores naturales, algo parecido á lo que son los padres fuertes y amorosos para con el hijo débil. El cuadro, ó mejor dicho, el reducido boceto que voy á ensayar, no representará la excepcion, sino la regla general de las relaciones entre amos é inquilinos, áun cuando los primeros no sean todos tan indulgentes y buenos como la familia que encontramos en Gorostiza y volvemos á encontrar en Bilbao, retirada ya á los cuarteles de invierno, que no dejará hasta que en las estradas de Abando vuelvan á florecer los endrinos, y á cantar sus amores y labrar sus nidos los pájaros.

Por las escaleras de Begoña, por Achuri, por el campo de Volantin, por el puente de Isabel II, por todas las entradas de la villa, affluian á ésta aldeanas y aldeanos vestidos de fiesta, las mujeres con anchas cestas en la cabeza cubiertas con blanco mantel, y á cuyo borde asomaban la cabeza patos, gallinas y capones, como asombrados de las magnificencias que veian, y los hombres con un gran atado ó una gran cesta de asa pendiente del extremo posterior de la *maquila* ó baston de acebo que se apoyaba horizontalmente en el hombro, sirviéndole de al-